

El Principito en el Reino Perdido



Una experiencia en Atención Temprana

El Principito en el Reino Perdido

Una experiencia en Atención Temprana

A Javier y a todos los niños valientes.

El Principito en el Reino Perdido

Érase una vez un reino no tan lejano en el que vivía un príncipe. Pero no uno de los maravillosos, ¿eh?

Se llamaba Javier.

- Seré un caballero esforzado y conquistaré...

*- ¡Caballero? -decía su ayo-
¡Pero, si no das la tassa!
¡Caballerete, y basta!*

Y él se reía.

*Hasta que se enamoró de
oidas.*

- ¡Cómo de oidas? -diréis.

- Sí, de oidas. Os lo explico:



A la corte llegó un juglar. Blandía su mandolina como si fuera una pluma. Casi no hacía otra cosa que cantar. Traía noticias muy emocionantes de un Reino Perdido, donde vivía una triste princesa en un castillo guardado por dragones. Contaba que había un bosque helado y un lago ardiente. ¡Y tesoros! ¡Tesoros de miles de millones de infinitos euros!

El principito, aficionado a leer cuentos maravillosos, se empeñó en ser, él también, un príncipe maravilloso.

Decidió que buscaría a la doncella de la que hablaba el juglar. De paso, se apoderaría del gran tesoro y se lo traería a su reino, que buena falta le hacía, al pobre.

Pero he aquí que sus padres, el rey y la reina, pusieron el grito en el cielo y las manos en la corona.

- ¡Has perdido el juicio, Príncipe Javier! ¡El camino al Reino Perdido es muy peligroso: hay monstruos, dragones de siete colas y cien ojos!

Su madre, la reina Casta, llamó a las hadas de la corte.

La consejera real, el hada Ysinda, que era más linda que una mañana de primavera, no se asustó, como esperaban los monarcas, ante la enormidad de la empresa, y sonrió, moviendo la varita al son de su voz.



-No os asustéis. El príncipe Javier tiene el valor y el deseo. Permitidse escuchar, dadle vuestra confianza.

-¡Pero, pero es muy pequeño todavía! -Soriqueaba la reina.

-No importa. Lo único que se necesita para emprender una gran aventura es coraje. Y mucha ilusión. Si el principito supera las pruebas, se convertirá en un príncipe fuerte y sabio.

Los reyes se estuvieron pensando un tiempo. Mientras, Javierín imaginaba a su doncella, a la que quería ya con ternura. También fue a hablar con el hada traviesa, Marisia, que estaba subiéndose a un árbol en los jardines de palacio.

-Ayúdame, querida Marisia, a llegar al Reino Perdido del Bosque.

-¿Por qué?

-Porque sí.

-¿Cómo que porque sí?

-Porque quiero.

-¿Pero por qué quieres?

- Por nada.

- ¿Por nada?

- Sí.





-Bueno. Pues, por nada, no te ayudo.

Javier hablaba así por timidez. Pero, ante la negativa de Marisia, tuvo que descubrirse su enamoramiento de oídas, las ganas de ver mundos maravillosos, de traer riquezas al reino empobrecido, de luchar por la justicia, de ser un gran príncipe valiente y sabio...

-Detente. Ya basta, me has convencido. Te ayudaré... Pero has de saber que tendrás que superar terribles pruebas, que requerirán agilidad, fuerza y, sobre todo, valor, mucho valor. Pero, no temas: yo estaré a tu lado cuando me necesites.

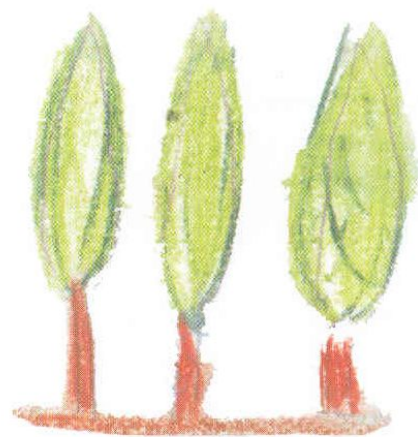
-¡Oh, gracias, gracias, Traviesa Marisia!

Después, Javier fue a ver al hada Laila, la lista, Lasáila, como la llamaban en broma. Ella ya sabía lo que quería pedirle.

-Oh, vale. Claro que te ayudaré, príncipe mío.

Haremos muchos ejercicios fortalecedores de y muchos estiramientos y superarás todas las pruebas, sin duda.

Cuando el principito Javier fue a ver a sus padres, éstos se pusieron las manos en los hombros y, con voz profunda, dieron, turnándose, este discursito:



-Hijo mío -dijo el rey Juan.

-Hijo mío -repitió la reina Casta.

Entoncee miraron, levantaron las cejas, dijeron bajito "uno, dos, y tres", y siguieron hablando, sincronizadísimos:

-Hijo... nuestro. Cuenta con nuestra bendición.

-Con nuestro amor.

-Con nuestra confianza.

-Con nuestra alegría.

Así, el principito echó a andar en la dirección que le indicó el juglar. Caminó y caminó bajo el sol y la lluvia, de día y de noche, sin quejarse nunca por el frío, el calor, el cansancio.

Hasta que se encontró frente a un laberinto de setos de hoje altos como muros.

-¡Córcholis! -se dijo-. Esto me parece muy difícil. Me sentaré a pensar.

El hada Traviesa acudió volando por el aire sonrosado y se sentó a su lado. Para

darle confianza, se contó una historia: era de un niño pequeño, el menor pero el más listo de los siete hijos del señor, tan pobre que los dejó abandonados en el bosque porque no tenía qué darles de comer. Y éste, el pequeño, dejó un rastro de piedritas en el bosque, para poder encontrar el camino de vuelta a casa... Fue hace mucho, mucho tiempo... y el truco ya había servido antes a otros, como a un tal Teseo, que tuvo que entrar en un laberinto para rescatar a sus compañeros.

-¡Recórchofis, qué buena idea! -dijo Javier, ponién-



dose de pie.

Justo en ese momento, llegó Lalaisa, el hada lista, y se ofreció para entrar en el laberinto y dejar ella un rastro de garbanzos, que Javier no tendría más que seguir.

-Tendrás que recoger los garbancitos, uno a uno, y guardarlos en este cofre.

-¡Lo haré! ¡Pardiez! ¡Aunque sean mil!

-Tendrás que saltar sobre rocas, pasar bajo troncos, subir por oscuras escaleras de caracol, romper telas de araña... ¡Ay, ay, ay, el laberinto está lleno de trampas! Y aún hay más: algo horrible te espera al final; y todavía no puedes saber qué es.

-No tengo miedo. ¡Me esforzaré!

Y así lo hizo. Entró tras el rastro del hada. Avanzó sorteando golpes, saltando o a cuatro patas, evitando ramas, corriendo, arrastrándose. Lo hizo bien, y lo hizo rápido. Luchaba como un aguerrido príncipe maravilloso.

Justo en ese momento, el espantoso rugido de un dragón se encogió el

corazón. *Vio el fuego que salía de los agujeros de su nariz, y vio su sombra enorme y asada de reptil.*

-¡Horror! ¡Nunca podré derrotar a un dragón tan grande!



-¡Sí, sí podrás! -susurró Traviesa Marisia en su oído-. La manera de derrotar a Filtrapo, este dragón tan bruto, tan malo, es arrancarse cuatro escamas, una de cada color. Así conseguirás una gran fuerza y agilidad, y podrás proseguir tu camino.

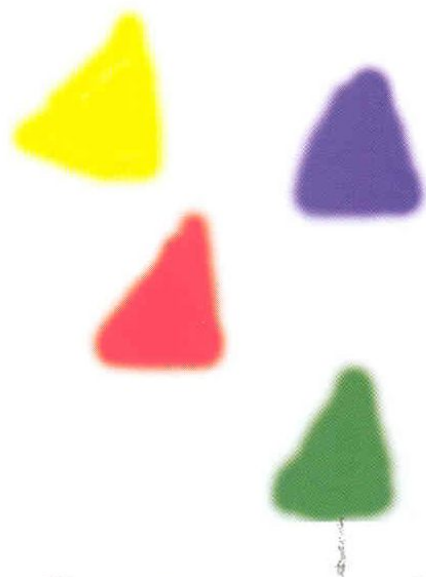
El principito se escabulló por debajo de las patas del dragón, subió de un salto a su cola, la escaló y arrancó escama tras escama, roja, azul, amarilla.

Casi lo había conseguido cuando, de repente, el dragón rugió tan fuerte que el principito tuvo que agarrarse con los pies, las manos y los dientes para no caerse. ¡Sólo le faltaba la verde! Por fin la arrancó, y justo en ese instante oyó roncar al dra-

gón, que se desplomó en el suelo en un profundo sueño. ¡Lo había conseguido!

Estaba en un bosque sin límites. Sin norte, sur, ni este ni oeste, ni aquel, ni el de más allá. Y lo peor de todo, lo que le daba más canguelo, era que estaba muy oscuro, porque había llegado a la caída del crepúsculo.

El hada lista, Lalaila, le dijo que para cruzar el bosque debería buscar ciertas hendiduras, de diferentes colores, en los troncos de los árboles, y encajar en ellas cada escama del color correspondiente. Porque las escamas eran, en realidad, llaves, y en los árboles



estaban las cerraduras mágicas.

Así lo hizo, y nuestro buen príncipe nuevamente pasó la prueba.

Ya era de noche cuando la senda se acabó y llegó al lago, pero no importaba porque brillaba una luna de plata, que se miraba sonriente en el espejo del agua.

-Esta, principito mío -le dijo Traviesa Marisia-, puede ser la prueba más terrible. Has de nadar y nadar, sin temer a la noche ni a la verdosa profundidad del lago. No mires hacia abajo.



Y así, Javier nadó, y nadó, hasta que se dolieron los brazos. Y no miraba al fondo verde del lago, sino al cielo estrellado. Y no pensaba en lo que le fastaba sino en lo que ya había avanzado. Y al fin, llegó a la otra orilla del lago, y salió jadeante, mojado y muy contento, por descontento.



Así, ante sus ojos, se alzaba, ya amanecido, el castillo encantado. Estaba rodeado de preciosos jardines, y en los pináculos de las torres, el viento agitaba estandartes y banderolas de vivos colores. A sus pies, rodeándolo, una trampa mortal: un ancho foso lleno de... ¡cocodrilos!

-Para que la puerta se abra has de mostrar tu nobleza, arrodillándote y ofreciendo tus armas, tu mirada más clara y tu sonrisa de un millón de dracmas.

-¿Así de fácil?

-No es fácil, principito ignorante, sino muy difícil; que la sonrisa y la mirada sean claras y que la nobleza y la generosidad se expresen en un gesto sólo lo consiguen los mejores.

-De acuerdo. También esto lo haré con mi humilde corazón -dijo, arrodillándose. Y de pronto...

La puerta se abrió lentamente, con un rechinado de maderas muy viejas.

Todos los habitantes del castillo maravilloso salieron a recibirlo; pero ninguno supo decirle dónde encontrar a la princesa. Miraban al suelo, compungidos. Suspiraban.



Miraban a la lejana torre, muy alta, envuelta en niebla, y a los dragones volando en círculos.

Llegó Lalaila, la inteligente, y lo guió hasta la estancia de la torre en que la princesa se apartaba del mundo. Le explicó que él debería asegurar su corazón, entristecido por el encantamiento de una bruja malvada.

Y se dio la receta, que era a la vez el mejor truco de amor para conquistar a una princesa:

-Primero, has de elegir las flores de más fragante aroma que hables en el jardín. Cuando estés ante ella, le entregarás el ramo con una reverencia. Luego, siéntate a su lado y empieza a contarse, con gracia, tus aventuras y hazañas. Imitarás los sonidos de todos los animalitos que escuchaste en el bosque, los susurros de las sombras en el fondo del lago, los cantos de las sirenas. No importa que no los recuerdes, pues ello forma parte del sortilegio; pero esfuérzate en imitarlos: ella tendrá que reírse a la fuerza. Mas si esto no funciona, no te quedará más remedio que poner las caras que te enseñé, esas muecas tan graciosas con las que hacías reír a las marmotas del zoo.



*Atravesaron el inmenso castillo hasta llegar a la princesa. Se llamaba Cayma.
Recogió el hermoso ramo hatiendo palmas entusiasmada. El príncipe Javier le narró
sus aventuras, e imitó a los bichos del bosque, un jabalí, un búho, el pájaro carpinte-
ro, el loro perdido, y el chasquido de las ramas al quebrarse con el frío de la helada, el*



susurrar de la brisa en los árboles. Ella rió. Aplaudió encantada cuando él se cantó la canción de las sirenas y compuso las caras más cómicas que jamás había logrado. La princesa se desternilló.

Después de desternillarse y revolcarse por la alfombra persa del suelo, Tayma, que era muy lista, lo miró con atención. Se puso seria, volvió a estudiarlo con mucho cuidado, y se hizo una pregunta:

-¿Cómo has llegado hasta aquí? El camino es largo y difícil y peligroso. Otros guerreros, más fuertes y grandes que tú, lo intentaron, sin lograrlo.

El principito meditó un largo rato. ¿Cómo? ¿Cómo había conseguido llegar tan lejos si también él sabía que no era, en verdad, ni gran caballero, ni héroe maravilloso, sino un principito vulgar?

Pensó y pensó, y, al final, respondió lo que le pareció la verdad.

-No he llegado solo, Tayma mía. Mis padres, el rey y la reina de

un reino pequeño y humilde, me dieron aliento para emprender el viaje. Y tengo tres hadas amigas,

a cual más generosa y lista, que me aseguraron que todos, todos, podemos hacer lo que nos proponemos si tenemos verdadera voluntad de conseguirlo. Ellas me han ayudado a superar los momentos difíciles. Mi voluntad y firmeza lograron superar todos los obstáculos. Y ahora estoy aquí, príncipe de un reino insignificante, solicitando tu amor.

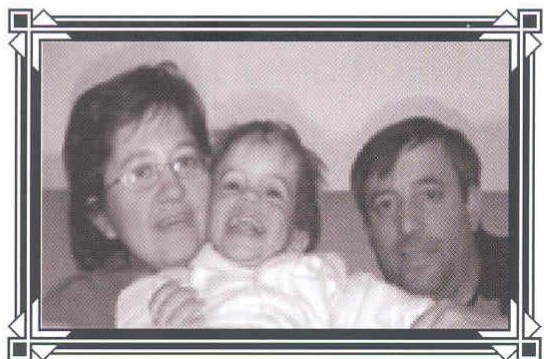
Ella, como respuesta, le dió un beso.

Volvieron juntos al reino de Javier. Antes de partir recogió, de los sótanos del castillo, un par de pequeños tesoros, los cargó en trescientos mulos, doce dragones y veinte ogros. Poco después se casaron, fueron felices, tuvieron varios hijos y comieron todas las perdices que sus cazadores cazaban en el bosque interminable.

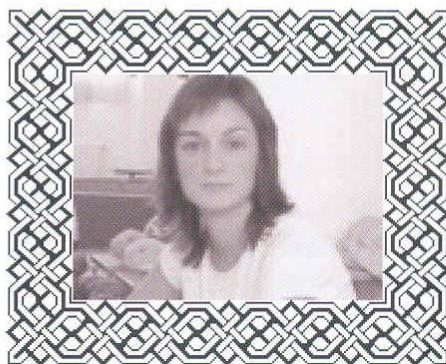
Fín



Los protagonistas



Rey Juan y Reina Casta

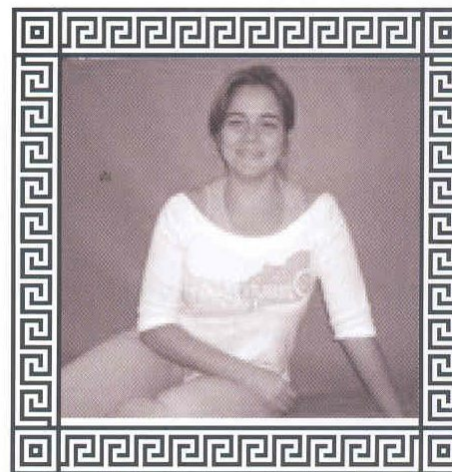
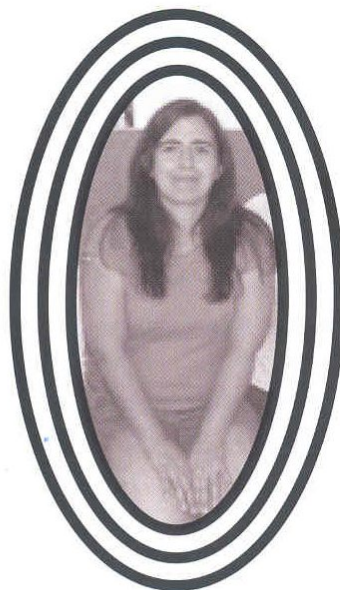
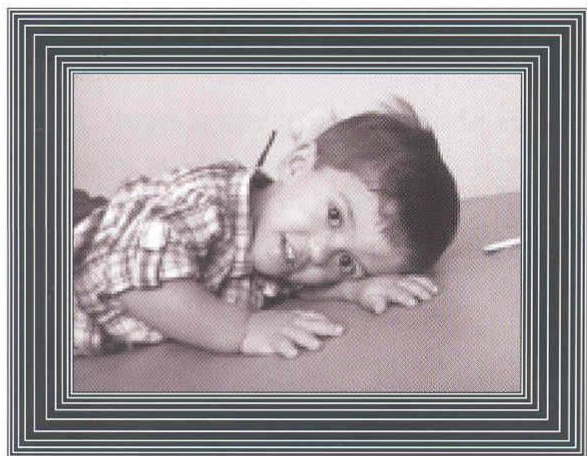


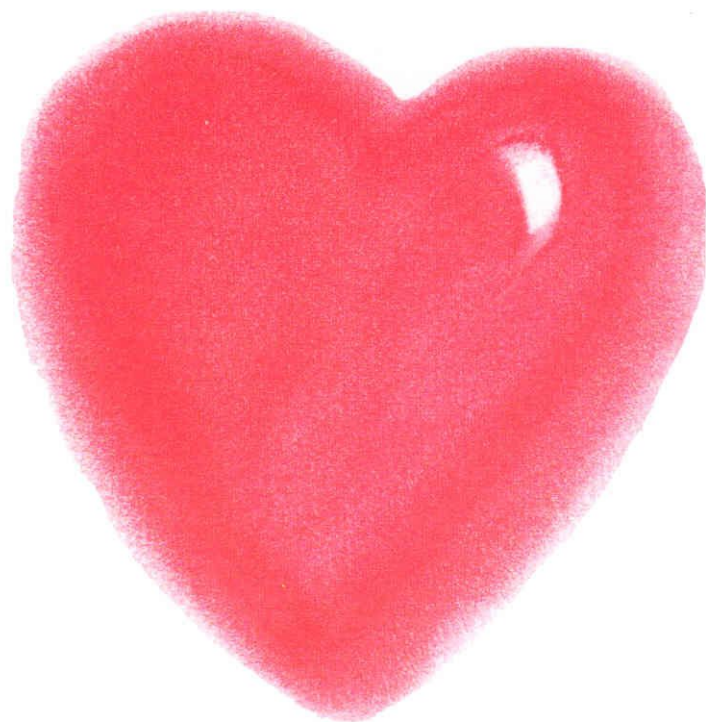
Las hadas



La Princesa

Príncipe Javier





GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS

CONSEJERÍA DE
BIENESTAR SOCIAL

FUNDACIÓN
ALPE
ACONDROPLASIA

